

INTERPRETACIÓN LEBENARDIANA DE LA LÓGICA “TACHAR–SUBRAYAR”

por
HUGO CUCCARESE

Si algo se evidencia con total claridad en la carta robada de Poe es el tema de *mostrar para ocultar*. Del mismo modo, logro dilucidar el Dr. Le Benard que él ocultaba (o por lo menos, que *velaba*) y que lo hacía obviamente “sólo para mostrar”. Cuando al final descubrió que el imperceptible acting –que realizaba de un modo totalmente inconsciente- que hacía del simple e inocente acto de tachar un singular *subrayado*, tenía para él una lógica y un sentido más allá de la obviedad que parecía ser a simple vista, comprendió que la idea de borrar el fragmento del texto, que iba leyendo del libro, era solamente para inscribir, en ese mismo libro, otro texto: el suyo propio.

Aquí Le Benard comienza con una explicación sobre un descubrimiento realizado por su gran amigo, el coronel Turcotte, en uno de sus libros preferidos. Una anécdota aparentemente insignificante y para conjeturar sobre el conocido “estilo lebenardiano”, que extractamos de sus Memorias y transcribimos aquí íntegramente para de los seguidores del Dr.

En palabras de Le Benard, dice el texto:

En esta oportunidad he de referirme a cómo a partir de un hecho fortuito e insignificante, producido por una persona muy allegada a mí, pude llevar a cabo un hallazgo sorprendente, impensable. Mi amigo, mi buen amigo, el fiel y diligente coronel Turcotte, un inteligente y pragmático sexagenario autodeclarado “alérgico a la tinta de los libros” (especialmente a los de mi propia autoría) me dice que ayer mismo, movido por el expreso deseo de matar el tiempo –y tal vez, la soledad también- se le ha dado por meter las narices en mi biblioteca y husmear en las páginas de uno de los libros de Dostoievski, uno de mis escritores preferidos, uno de los autores rusos que más satisfacciones me ha dado al leerlo.

Para comenzar estas líneas, diré pues, que esta curiosa proeza realizada por mi querido amigo, que ya es en sí mismo, un hecho totalmente llamativo –me refiero al que tenga un libro entre sus manos-, este hecho, digo, asombroso en esencia, que realizaba alegremente siguiendo con sus pequeños ojos café ese singular y endiablado encadenamiento de letras y palabras que yo personalmente he dado en llamar “lektura”, notó rápidamente que había un error en la tipografía del texto, lo que se dice una fe de errata: era un párrafo que se repetía en la primera hoja del libro. Movido por la impaciencia, tomó enseguida la estilográfica de mi escritorio y, con su acostumbrada meticulosidad comenzó a tacharlo, haciendo pequeños trazos oblicuos sobre la obra del autor ruso.

El punto es que mientras realizaba esta meticulosa operación de borradura sobre la línea que se repetía, sucumbiendo al sentimiento de culpa por estropear el libro con mi propia estilográfica, hizo por azar un

descubrimiento brillante. En realidad, hizo dos descubrimientos: el primero fue cuando vio que no era él el primero en estropear los libros de este modo, escribiendo sobre ellos con la estilográfica, porque gran parte de ese libro ya se encontraba en su totalidad garabateado con mi propia lapicera; y el segundo, cuando revisó uno por uno todos los libros de los estantes, y comprendió –como una súbita iluminación– que todas las obras que tengo en mi biblioteca... todas... absolutamente todas... ¡también estaban tachadas de la misma forma! ¡Y por mi propia mano!

Así fue que el coronel Turcotte descubrió que todos mis libros se hallaban plétóricos de garabatos, notas y toda clase comentarios en los márgenes, pues le he dicho yo que estas anotaciones me eran inspiradas por el mismo texto mientras me hallaba sumergido en mis lecturas. La diferencia entre esta tachadura de mi amigo y las tachaduras que realizo yo, sobre mis libros, es que la del coronel llevaba implícitamente una única intención, la de tachar, mientras que las mías, muy por el contrario, son consideradas por mí como una simple y vulgar forma de “subrayado”. Y he aquí el tema al que hago referencia.

De este modo y gracias al aporte de mi buen amigo, el querido coronel Turcotte, y de mis profundas observaciones sobre mi propio comportamiento “lectoresco”, digámoslo así, he podido descubrir en la mayor parte de mis libros –y con absoluta sorpresa– las secretas oscuridades que entraña el sentido de mi propio subrayado”. Paso ahora a exponer mis propios descubrimientos.

I

Normalmente, cada vez que alguien toma un libro y subraya un párrafo, una frase o una palabra lo hace con el objeto de extraer o asimilar de allí la idea expresada por el autor. Este procedimiento utilizado por todos nosotros, como lectores, es una forma de borrar la palabra del escritor para apropiárselo e incorporarlo a otro libro: el suyo, el que, según Le Benard, escribe el lector en la vida. Es como si con ello fuera inventar algo así como una nueva forma de “operación de apropiación”. Pero con esta singular forma que tiene Le Benard de subrayar se evidencia aún más este hecho donde, por medio del tachado, con el claro significado de “esto no”, se invierte para él (sujeto tachador), convirtiéndose en una escritura, con el significado opuesto de, o “esto sí”.

Pero lo que en realidad pone al descubierto su extraña lógica de subrayado no es únicamente esta forma de *aprehender* (capturar por medio de la sub–raya). Esta claro que el “subrayado” es lo que se quiere resaltar, y el “tachado”, lo que se busca desechar. Pero según parece, Le Benard no concibe el subrayado como un mero subrayar; para él subrayar es una auténtica forma de negar. Este obsesivo y fanático procedimiento que realiza en solitario y en la intimidad de sus platónicas lecturas, con una obsesión irritante que –por decirlo así– “raya” en la desesperación, se ha vuelto, por repetición, un rasgo casi característico de su ambigua y conflictiva personalidad.

“Sólo una mente tan oscuramente compleja y retorcida como la mía –reconoce Le Benard, y no sin cierta vanidad– podría concebir el acto de subrayar, tachando. El coronel Turcotte no puede entender cómo a esta descabellada operación de borrar o suprimir lo escrito (haciendo rayas oblicuas *encima* de las palabras) yo le haya podido dar el nombre de “subrayar”. Y con razón; en su estereotipada y formal visión militar no puede concebir que alguien que quiere resaltar una frase de un libro utilice el procedimiento que se usa comúnmente para eliminarla. Pero ya veremos que, en realidad, esta aparente contradicción mía no es tan difícil de entender... como parece”.

II

Para Le Benard, apropiarse de lo que el otro desecha funciona en el libro que se tacha, pero si se escapa de las fronteras de la tapa y la portada y se extiende hacia los confines del afuera, entonces hay una inversión donde la operación de absorción se produce no a favor de lo importante, sino en función de los restos que arroja el otro y que él mismo incorpora.

“Aparentemente, con esta extraña y paradójica manipulación puedo apropiarme de todo lo que el otro tacha o elimina. Lo que el otro dice “esto no es” yo digo que no sólo “es” sino que es “el Ser”. Rescatando los desechos del otro (donde en la lógica común, tachar es desechar), se produce una nueva postulación: tachar ES subrayar”.

En esta lógica contradictoria si lo del libro se extiende a la vida es insatisfactorio, y en el libro, satisfactorio, o sea, pletórico de goce. Yo tacho para subrayar (en el libro) y subrayo lo que el otro tacha (en la vida); así lo positivo se transforma en negativo. El problema surge sólo cuando se confunden los tachamientos y pierdo la noción de qué estoy tachando y qué resaltando”.

Tachar, además de tener el sentido de eliminar, anular, abolir, liquidar y matar, también posee el significado de atribuir a alguien o algo una falta, una “tacha”, como por ejemplo, cuando se dice: “le taché de idiota”.

Está claro que si Le Benard quiere tachar algo en la vida para decir “nunca más”; con esta forma de tachado dirá, muy contrariamente, “por siempre”. Allí mismo, en el preciso momento en que creía eliminarla, se produce la oposición de lo que él ha denominado: “Operación de Eternización”. Si eliminaba resaltando, se preguntó entonces, ¿cuál sería la lógica del verdadero eliminar?. Si resaltaba tachando, tal vez, también era al revés, y tachaba resaltando. En dicho caso podían ocurrir dos cosas: 1) o tachaba resaltando; 2) o no había manera de tachar.

Veamos como lo explica Le Benard.

“Si cuando digo “no” es “sí, quizás, cuando diga “sí” sea “no”; o quizás peor aún, nunca diga “no”, excepto cuando digo “sí” (porque cuando digo sí, es a través del no, que ya está implícito en la primera). Al fundar una nueva manera de resaltar hallé con ello y sin darme cuenta una nueva forma de tachar, que es resaltando. Si no encuentro otra manera de tachar que no sea “subrayando”, parece que tampoco puede haber tachadura.

Ahora, después del descubrimiento de este encadenamiento, vengo a recordar que subrayar es también “estar debajo de la raya”. Esto significa, según entiendo, que nunca he subrayado. Subrayado en el sentido literal de la palabra, si no que sólo me he obsesionado en hacer tachaduras. Es increíble pero, ¡nunca en mi vida he sub-rayado nada! Ni una frase, ni una oración...; ni siquiera una palabra. Está bien, no pude subrayar, pero sí crucé la raya (trazándola oblicuamente sobre la letra), que es en mi retorcido pensamiento la escritura del no, el trazo por excelencia que pone en funcionamiento la prohibición. Este es el punto en el que no sólo me siento prohibido, sino barrado, borrado, cruzado, tachado y trazado por la negación, o mejor aún, al revés: negado por la negación que trazo”.

III

Como podemos ver aquí, cada vez que Le Benard subraya de este modo un texto en algún libro lo hace con la explícita intención de recortar, tomar (aprehender), ingerir, incorporar para luego asimilar (hacer similar a él). Estos son los pasos de su famoso proceso

denominado: “Lectura visceral”, por el cuál Lékthor (el del mito) se apodera del espíritu de la letra como alimento y nutrición.

La idea es matar con la tachadura. Cada trazo es una puñalada que intenta eliminar aquello que se va a incorporar. Recordemos el canibalismo; tan bien representado en el cristianismo y en el mito de la horda primitiva: querer incorporar el cuerpo del Padre. Aquello que más amo lo mato para tenerlo, para hacerlo de mi propiedad por siempre. Cada línea trazada perpendicularmente sobre el papel es como una cuchillada que rasga un velo. Ese rayón es definitivamente la imagen de un “corte”. Resaltar es recortar, y recorta con cada trazo del tachar, con el corte.

“Ahora bien –señala Le Benard con auténtica sorpresa-; acabo de producir otro lapsus lingue mientras escribía estas palabras. Casi tacho la frase “el trazo del tachar”, pero no para resaltarlo, sino para anularlo. No es casual. Con esta interpretación colijo que recién ahora puedo “tachar sin tachar” y “subrayar debajo de la raya”, tal como lo hace todo el mundo. Ahora siento que lo que antes los antiguos Samuráis llamaban “capturar el espíritu del guerrero” es para mí “capturar el espíritu del escritor”.

Inclusive en uno de mis libros resalté, alguna vez y sin darme cuenta, una parte de un texto escribiendo la palabra “víctima” en el margen. Todo ese párrafo está tachado con mi habitual subrayado, con lo cual se confirma mi anterior teoría en la que diseccionaba una parte del cuerpo del texto para después devorarlo. (Ver texto descuartizar) ¿Es casualidad que esas nueve líneas que subrayé del texto, desgarradas por la punta de mi filosa pluma, trate justo sobre la descripción del rostro de una mujer hermosa?

Es evidente que lo que he intentado subrayar con mi particular tachado es la representación simbólica del cuerpo texto–mujer. Lo que este subrayado rebela es la ambivalente relación amor–odio que siempre he mantenido hacia mi padre, volcada más tarde hacia la figura de mi mujer*. Toda la vida quedará incorporado en mí lo que con tanto ímpetu eliminé. Lo que debía haber sido finitud se transformó en infinitud. Pero ni siquiera afirmo que estas interpretaciones que hago sobre mi personalísima forma de tratar a mis libros sea así; digo simplemente que esto *está ahí*, que puede verse. Me parece atinado diferenciar aquí esta cuestión del Ser y del Estar.

Jean Le Benard dijo alguna vez, con su acostumbrado humor negro, que de no haberse encontrado con la literatura se hubiese convertido asesino serial y hoy sería conocido como “Jack Le Benard”, el destripador francés. Pero que como se dedicó a la lectura, sólo desmembró libros en vez de cuerpos. De haber tenido un cuchillo en la mano en lugar de una pluma, seguramente se hubiera convertido en carnicero y no en escritor.

***En este punto es necesario hacer notar que el Dr. Le Benard hizo lo mismo con su joven y hermosa enamorada: no escuchó su voz cuando ella le pidió auxilio, y cuando fue a rescatarla de las llamas, ya había muerto. Este “dejar morir a la mujer que ama”, no hace otra cosa que confirmar lo que él mismo acaba de interpretar aquí, con su particular modo de subrayar: resaltó su voz, tachándola (negándola). Cuanto más se esfuerza por tachar, borrar y ocultar más salta a la vista y queda en evidencia, cuanto más intenta hacer desaparecer más resalta y se muestra.**